



Silvina Bullrich: sin ángeles ni servidores

Por Jorge Marchant Lazcano

Estuvo en Chile para la inauguración del Club "Bergini", hace ya algunos años. Vuelve ahora para un evento más relacionado con lo único que ha hecho en su vida: escribir libros. Invitada por la Embajada Argentina a la inauguración de la V Feria Nacional del Libro que comienza hoy en el Parque Forestal.

Silvina Bullrich, escritora argentina —una de las más leídas en Chile—, autora de grandes éxitos novelescos, como "Bodas de cristal", "La redoma del primer ángel", "Los burgueses", "Los pasajeros del juicio", "Te acordarás de Tormella", entre muchos otros, acaba de cumplir sus 70 años bien vividos, sufridos y difíciles. Setenta años bien ganados en definitiva, los que la hacen ser artista —cuando las circunstancias así le exigen— y encantadora, cuando quiere serlo. El pelo rubio se le ha puesto blanco, pero sus hermosos ojos celestes no han perdido el brillo a pesar del pesimismo que a menudo se advierte en sus palabras enfáticas. Se encuentra recopilando sus artículos escritos para el diario "La Nación" de Buenos Aires, que aparecerán próximamente por "Emecé", su casa editorial. Una vez que cunche la cordillera de vuelta al Río de la Plata, se irá a pasar el verano en su casa de Punta del Este, "donde hago vida mundana, salvo con amigos, voy al cine, donde todo es más fácil".

Aristocracia y villa miseria

—Los temas de su obra se estructuran —críticamente— con la alta burguesía argentina. ¿Qué le critica usted más fuertemente a la oligarquía?

—Yo no hago exactamente una crítica, sino un estudio, más bien. Creo que si usted agarra la obra de Proust, está estudiando la oligarquía.

—rectifica—. Lo que usted llama "oligarquía", que es una palabra inventada por Proust... porque en realidad es una aristocracia, una clase alta. Yo no le critico más a ellos que a los demás. Creo que cada escritor debe hablar de los ambientes que conoce. A mí me dicen, por qué no escribe de otros temas... Si yo escribiera cómo se siente una como reina de Inglaterra, diría un disparate, porque nunca he sido reina ni lo vi vivir en un palacio, ni he escrito sobre las villas miseriales voy a decir otro disparate, o algo totalmente previsto, como la angustia de no tener agua, de no tener paz... ¡es fatal! Lo importante es que el escritor toque de adentro su verdad.

—En sus "Memorias" dentro el libro, entre otros, "a los que me odian sin motivo y creen que un ángel escribe mis libros y se ejercen de servidores se dedica a atenderme". ¿En quienes provoca ese fastidio y por qué?

—En la mayoría. (Ríe) Hay una clase media que cree que el apellido Bullrich significa mucho porque hay unos rematadores que son señores terceros míos, nos queramos mucho, pero muy alejados, y tampoco son muy ricos. Pero como venden cosas, creen que los otros que venden son de ellos. Esos señores, esas equivocaciones son bastante corrientes. Hay apellidos que huelen a plata y la gente cree que están mezclados a negocios, negocios en los reales, yo no tengo nada que ver.

El lado monetario

—También en sus "Memorias", Silvina, usted señala que el mundo de los objetos le resulta siempre ajeno.

—Porque no me gustan los objetos. Claro que eso viene de infinidad de complejos que cualquier psicoanalista puede explicar. Mi padre tenía una colección de cuadros, ¡preocupado! Nos galateos cual y la vendimos en el 45. Se vendió mal. Me quedó la sensación de que los objetos siempre se relacionan a una. Y ahora no quiero volver a tener objetos.

—Seguramente no era el valor monetario de los cuadros, sino su valor sentimental.

No. A mí no me importa tanto el lado sentimental, sino el lado monetario. La verdad es que me parece que podríamos haber sido muy ricos.



"Hay quienes creen que un ángel escribe mis libros y un ejército de servidores se dedica a atenderme".

Una novela perfecta

—¿Cómo ha evolucionado su obra literaria desde "Calles de Buenos Aires", su primera novela escrita a los 22 años, y "¿A qué hora murió el enfermo?", su más reciente novela?

—Evolucionó con mi edad. Lo primero, las primeras obras, eran la angustia del escritor joven que quiere decirlo todo. Después empecé problemas sentimentales y sociales como "Bodas de Cristal", y llegó un momento en que lo sentimental, como le sunde a todo el mundo, va quedando atrás, y lo sociológico va tomando un mayor lugar en la vida de uno. Entonces escribí "Los burgueses".

—A mi juicio, una de sus novelas más acabadas.

—Yo creo que es una novela perfecta. Una maravilla. Mira, fue leída en México... En Buenos Aires no la leí. Traducida al francés, al italiano, al polaco, al ruso. Además fue finalista del Premio Rómulo Gallegos... Claro que el error más es que yo era entonces muy joven y desahogada, y ahora me doy cuenta que podría haberla "irridado" más, porque la gente quiere novelas más largas. Y después el Premio Rómulo Gallegos lo ganó Vargas Llosa con "La ciudad y los perros" que es una buena novela... (Pase "Los burgueses" en su breves que tiene una idea de tiempo, de lugar y acción, como el teatro clásico).

La vocación

—En sus "Memorias", usted escribe un pensamiento que me parece muy hermoso: "Nunca le agradeceré bastante a Dios haberme hecho conocer con tanta plenitud los dos sentimientos más importantes del ser humano: la vocación y el amor".

—Yo escribí un artículo en "La Nación" hace un mes y medio, cuando cumplí 70 años y recibí toda clase de cartas, algunas a favor, muchas en contra... Por ejemplo, una mujer de 33, otra de 55, diciendo, "no estoy de acuerdo"... (Pero si ellas no tienen 70 años, qué saben...) Un señor diciéndome que era un artículo ácido y cruel... Yo quería decir que es verdaderamente un poco triste lo que uno deja atrás, que es el amor, y en cierto sentido, la vocación. Porque si usted estudia la obra de todos los escritores del mundo, va a ver que después de los 70 recibirán muchos honores, muchos premios, desde el Nobel para arriba y para abajo... Pero que la obra, después de los 70, no la han escrito. (Borger qué ha escrito! ¡Nada! Cuando escribí los cosas buenas, a...

die lo conocía. El tiempo ahora lo que sembró. La gente se ocupa frente a esta realidad... Las verdades duran mucho.

Silvina Bullrich reflexiona y su tono ya no es tan enfático:

—La lucha y la juventud son incómodas, pero hay porvenir. Ahora yo tengo una sensación de tener una pared en frente... Es como llorando, más que me da la vida.

—La columna vertebral de su obra literaria es la mujer en el más amplio sentido. ¿Cuál es, a su juicio, el rol de la mujer en países como los nuestros?

—La mujer en nuestros países, desde los albores, existió solamente cuando se apoyó en un hombre, como la Perichola, como Evita Perón —que tenía muchos valores así como defectos— y ocupaba lugares secundarios. Se apoyó en un hombre y llegó a ser una mujer importante. Ahora tenemos en Argentina una disputa que llegó apesadada en su padre, la élite Alagaray. Yo no le quito valores a ella, pero la mujer en la Argentina no puede casi de ninguna manera trascender, o ocupar lugares importantes, sino es apoyada en un hombre...

—Usted, Silvina, surgió sola...

—Yo no tengo nada. Yo no surgi nada. Escritoras siempre ha habido... Pero yo no conseguí nada. Yo no conseguí ni una apogadura cultural, ningún cargo, yo no conseguí nada. No pueden impedirle a la gente que compre mis libros, pero no conseguí ni el primer premio nacional de literatura.

La muerte de María Lynch

La muerte de Silvina Bullrich ha estado golpeada por espasmos sucesivos de la enfermedad y la muerte, como las de sus dos hermanas: Laura, fallecida de cáncer, y María, en un accidente de aviación justo a su hija de 17 años.

—¿Qué provocó en usted la reciente muerte de su ciegua, la escritora María Lynch?

—Es un tema que no me gusta, porque no me gusta arañar cadáveres de la gente a la que le he tenido cariño. Pero, ¿quiere que le diga la verdad? No provocó nada. Ni nada ni menos que la muerte de Lugones que me impresionó mucho cuando yo era joven, o la muerte de Alcesta Basso, pero creo que María Lynch no tenía derecho a suicidarse, porque tenía éxito, porque tenía un marido admirable, tenía dinero, hijos que la querían mucho. Creo que debe haber sido una neurosis de ella... La verdad es que me parece muy imperdonable que una que tiene que luchar tanto, tenga que seguir, y María que tenía tanto, que estaba tan protegida, se haya suicidado. Pero creo que el suicidio —en mi familia ha habido muchos— no depende casi de nosotros. Es una especie de vertigo que la atrapa a uno.

Integración cultural

—Usted se encuentra en Chile, como primera invitada internacional de nuestra Feria del Libro. Participará mañana en la Biblioteca Nacional en una mesa redonda sobre "Cultura e Integración". ¿Qué sabe de nuestros escritores?

—Mire, conozco mucho a Enrique Campos Menéndez. Nos hicimos juntos en "Emecé". He conocido a José Donoso en la Feria del Libro en Buenos Aires. Aparte de eso, todos los que he conocido a Gabriela Mistral, a Pablo Neruda... pero no le puedo decir que tengamos una vinculación continua y constante, que nos conozcamos mucho, no, porque nuestros países no se conocen entre sí... Es más fácil que llegue un libro de Europa que de un país a otro en nuestro continente. Yo no sé si es un problema de gobierno. Los gobiernos deberían tomar muy en serio esto. (Pero si la Revolución Francesa la hicieron los escritores, la Revolución Rusa la hicieron los escritores, la Revolución China la hicieron los escritores). Si los gobiernos supieran integrarse con la cultura, se mantendrían de otra manera.

Silvina Bullrich: sin ángeles ni servidores [artículo] Jorge Marchant Lazcano.

AUTORÍA

Autor secundario:Marchant Lazcano, Jorge, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Silvina Bullrich: sin ángeles ni servidores [artículo] Jorge Marchant Lazcano. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile